



© Greg Olsen

PROFECÍAS PARA LHDD - 11 - 02

DETALLES DE MI VIDA

PARTE 2

Detalles de Mi Vida – 2ª Parte

Libro 11, Compilación #02 de publicaciones de LHDD sobre el tema, por laclaveenaudio.com – Enero 2022
(Todos los fragmentos de profecías provienen de Jesús, a menos que se especifique lo contrario.)

Pasando Tiempo a Solas con Mi Padre

Cuando vivía en la Tierra tuve que afrontar numerosas situaciones difíciles. Había muchos obstáculos que salvar y superar. ¿Sabéis cuál fue una de las lecciones más importantes que me tocó aprender? Una de las enseñanzas y las pruebas más importantes fue aprender a no apoyarme en el brazo de carne, sino en Dios, en Mi Padre. Pues sí, pasé por grandes pruebas en la batalla entre la carne y el espíritu. Estaba en la Tierra y me había hecho un hombre de carne y hueso. Me hice carne a fin de experimentar las mismas cosas que vosotros, sentir vuestros mismos dolores, reír como lo hacéis vosotros y vivir la vida de la misma manera que vosotros.

Me había hecho carne... ¡y con ello descubrí que una de las cosas más importantes que tendría que aprender como hombre carnal era apoyarme en lo espiritual! Sencillamente tuve que aprender a volver a Mi origen, ¡al fundamento!

Conozco la lucha entre carne y espíritu, lo que es debatirse entre las dos cosas. Fue necesario que tuviera esas tentaciones para poderos comprender. De no haber sentido tentaciones de apoyarme en el brazo de carne no podría ayudaros ahora a obtener la victoria sobre una estratagema tan frecuente de Satanás.

Cada vez que me veía ante una situación grave tenía que tomar una decisión. Tenía que decidir si trataría de resolver los problemas por Mi cuenta o si me detendría a consultar con Mi Padre, reconocer que necesitaba ayuda del Cielo y obtener poder de lo Alto.

El Diablo siempre andaba a la busca de formas de tentarme en ese sentido. Como sabéis, justo cuando me disponía a emprender Mi ministerio público, me tentó ofreciéndome riquezas, poder y gloria en todos los reinos del mundo. Lo que no sabéis es que cuando se dio cuenta de que aquello no dio resultado, una vez que me lancé a llevar a cabo Mi obra entre las multitudes, trató de atacarme desde otro ángulo.

Ese odioso Diablo trataba muchas veces de hacerme caer en trampas más sutiles. No me tentaba descaradamente con deseos de desistir, de abandonar Mi llamamiento, pero sí me tentaba para que me apoyara en Mi sabiduría carnal en el desempeño de Mi obra. No tardé en descubrir que algunas de esas sutiles tretas podían ser más mortíferas que sus ataques más obvios.

Una de las cosas que más intentaba era hacerme caer tentándome a apoyarme en Mi sabiduría y entendimiento carnales en vez de escuchar al Cielo y obtener instrucciones de lo Alto. Procuraba decirme que podía valerme por Mí mismo, que como me había aventurado a salir de Mi morada celestial no vendría mal desplegar las alas y ver qué podía llegar a ser. ¡En la carne, digo! ¡Qué chistoso! ¡Ahora parece ridículo! En todo caso, fue una gran prueba, ya que como estaba en carne resultaba tentador para Mi mentalidad humana.

Satanás me tentaba con este pensamiento: “Estoy en carne, y todo es tan diferente para Mí. Al fin y al cabo, si soy el Hijo de Dios, aun en lo carnal debo de ser superior a todos los que me rodean. Mi misma sabiduría carnal debe de sobrepasar con mucho a la de los demás. ¿Qué necesidad tengo de escuchar al Cielo si puedo resolver todos los problemas por Mi cuenta?” ¡Qué disparate! ¡Qué mentiras tan absurdas!

Al ver que no funcionaba trataba de hacerme pensar que no tenía tiempo para escuchar al Cielo respecto a ciertas cosas; que como siempre había alguna necesidad urgente, tenía que acortar Mi tiempo de oración. Satanás sabía muy bien que si conseguía que me apoyara en el brazo de carne perdería el poder que necesitaba para derrotarlo y liberaros.

Así pues, tuve que combatir aquellas batallas de la carne y Mi sabiduría y entendimiento carnales, lo mismo que vosotros, ¡ya que estaba en la carne! Mi vida consistía en una serie incesante de decisiones, lo mismo que la vuestra. Todos los días tenía que tomar decisiones, y en todos los casos debía escoger entre recibir instrucciones directas de Mi Padre celestial o tratar de resolver las situaciones problemáticas por Mis propias fuerzas y apoyado en Mi entendimiento carnal.

¡El Secreto del Éxito Está en Escuchar al Cielo!

La batalla de la carne y el espíritu era sin duda un obstáculo que debía sortear para hacer las obras que sabía que Mi Padre contaba con que hiciera. La única forma en que podía persistir y superar las pruebas era clamar a Mi Padre, y cuando lo hacía Él me daba un plan. Y cumpliendo esos planes hallaba las fuerzas, la energía y la sabiduría para luchar y ganar.

Mis experiencias terrenas me sirvieron para aprender, pero también aprendí de las experiencias y errores ajenos. Observando a los que me rodeaban, había momentos en que dudaba de su conducta. Entonces preguntaba a Mi Padre lo que no entendía, y siempre me lo aclaraba todo, y de esa forma aprendía. Como se lo preguntaba todo, Él me abría los ojos para que pudiera aprender de lo que me rodeaba. Así iba madurando y evitaba cometer los errores de otros. Aprendí observando. Aprendía de las equivocaciones ajenas.

Entonces se hacía patente que contaba con algo superior a la sabiduría carnal, ya que cuanto me decía Mi Padre siempre resultaba. Yo tenía comunicación con el Cielo, y en tanto que mantuviera una conexión estrecha, en tanto que escuchara al Cielo en vez de apoyarme en el entendimiento carnal, todo salía bien.

El plan que me comunicaba Mi Padre era sencillo. Para triunfar, para tener las fuerzas, energía, fe y sabiduría que necesitaba a fin de llevar a cabo Mi misión, debía pasar tiempo con Él todos los días. No solo tenía que alejarme de las multitudes, sino también de Mis amigos más allegados, para pasar unos momentos a solas con Mi padre en silencio y libre de distracciones a fin de escucharle con claridad.

Por eso madrugaba y me iba a orar antes de que comenzara el día. Por eso muchas veces me escondía o me iba a un cerro. Así podía tomarme ese tiempo para alzar la vista al Cielo y obtener instrucciones para el día. Así era como adquiría la fortaleza y entendimiento

para desempeñar Mi ministerio. Eso era lo que me permitía obrar milagros, y así era como podía responder a todo el que me preguntaba: primero escuchaba a Mi Padre y Él me instruía.

Cada vez que me veía frente a una situación difícil o importante sólo podía acudir a Mi Padre para que me ayudara a salir airoso. El Diablo estaba al ataque, tentándome para hacerme creer que era capaz por Mí mismo, que podía saltarme la consulta con Mi Padre y lanzarme por Mi cuenta. Sin embargo, como obraba acertadamente, como todas las veces opté por no dar un paso sin escuchar al Cielo, al final siempre ganaba.

Como seguí el plan que me había dado Mi Padre, Él me abrió los ojos para ver cómo habían caído otros a Mi alrededor. Me indicó claramente en qué habían fallado. Los que en la carne parecían fuertes, los que eran sabios en los caminos del mundo, los cultos, los entendidos en los caminos y la ciencia del mundo, no sabían nada en comparación con lo que me revelaba Mi Padre. Observando a Mi alrededor se me hizo evidente que el entendimiento carnal no tenía ningún valor comparado con lo que me revelaba Mi Padre cuando estaba solo con Él conectado espiritualmente. Estaba claro lo superior que Yo era: no se debía a ninguna característica especial de Mi carne, sino tan solo al poder milagroso de Dios que Yo poseía.

Mi carne era como la de cualquier otro. No obstante, Mi sabiduría sobrepasaba toda ciencia, poder o fuerza terrena, porque escuchaba al Cielo. El Cielo estaba en Mí, y el fruto lo demostraba. Los milagros que realizaba, el poder que manifestaba y que transformaba corazones y actitudes y sanaba cuerpos; el poder que me ayudó a vencer al mundo era prueba de ello. Triunfé porque superé las pruebas con ayuda del Cielo. Obtuve la victoria porque no quise apoyarme en el brazo de carne, sino someter por entero Mi ser carnal al poder del Cielo.

Esa fue una de las pruebas más grandes para Mí en la Tierra: apoyarme en Dios, en Mi Padre, en vez de en la mentalidad y entendimiento carnales. Tuve que someterme y apoyarme en Dios, que estaba en Mí, no en Mi carne; ¡lo mismo que vosotros! ⁽¹⁾

La Fortaleza que Proviene de la Quietud

Se saca mucha fortaleza de la quietud, porque “en quietud y en confianza será vuestra fortaleza” (Isaías 30:15b). Hijos míos, no se tomen a la ligera la importancia de estas sabias Palabras, que son de gran valía.

Tenía que dedicar tiempo a la oración y a comunicarme con el Cielo. A buscar a Mi padre con apremio para que me diera unguimiento, Su santa consagración, y llenarme de Su poder y fortaleza a fin de realizar cada una de las grandes tareas que había de emprender.

¿Por qué tenía que pasar aquellos ratos de oración, meditación y quietud a solas? Porque por Mi cuenta, en Mi naturaleza carnal, no podía obtener la victoria. Mi naturaleza carnal no tenía poder para ganar la batalla en espíritu; por lo tanto, para vencer, necesitaba esos momentos. Primero tenía que recibir el unguimiento del espíritu. La única manera de recibir la plena fortaleza de espíritu que podía proporcionarme Mi Padre para vencer eran los ratos que pasaba a solas con Él.

Las batallas que libré, a pesar de que se manifestaban carnalmente, las libraba en espíritu. Lo mismo pasa con las batallas de ustedes en estos Tiempos del Fin: si bien tienen

manifestaciones carnales en todo lo que los rodea, son batallas que se libran en el plano espiritual. Por lo tanto, es necesario ganarlas en espíritu. La única manera en que podía salir victorioso de ellas era recurrir a la fortaleza que proviene del Cielo, y para eso debía empezar con oración y súplica a Mi Padre a fin de obtener el unguimiento y poder para continuar.

Mientras recorría la Tierra, la única forma de cumplir Mi cometido era pasar aquellos ratos a solas con Mi Padre en oración y súplica por Mis necesidades, porque carecía de la fortaleza física. Gracias a esos momentos en privado para ganar la batalla primero en espíritu, obtenía la victoria, y eso rige también para ustedes, Hijos Míos. Era en aquellos ratos a solas con Mi Padre cuando podía concentrarme exclusivamente en Él; también eran momentos en que podía recibir de forma más plena lo que Él quería darme, sin las distracciones e interrupciones propias de estar rodeado de otros.

El siervo no es más que su Maestro, hijos Míos. Si fue necesario para Mí cuando andaba en forma humana, también lo es para ustedes.

Tenía que pasar momentos de silencio a solas con Mi Padre en toda misión que me encargaba; de lo contrario, no habría tenido la fortaleza para llevarla a cabo. De no haber hecho una pausa para recibir poder de lo alto, no habría tenido el unguimiento y la potestad de entender el propósito y la sabiduría de lo que me pedía cada vez. No habría podido saber qué tenía que hacer siquiera. Habría carecido de guía. En aquellos momentos de quietud recibía la guía e instrucción para saber qué rumbo tomar cada vez.

Estando a solas, orando en el desierto me mandó emprender Mi ministerio público. Fue al pie de la montaña, al levantarme temprano a orar, cuando recibí el mandato y el unguimiento de ir a predicar a las multitudes. Al levantarme temprano para hacer una vigilia de oración a Mi Padre, me llené de fe para hacer el milagro de los panes y los peces.

A solas en la quietud de las horas previas al amanecer recibí el unguimiento para predicar el Sermón de la Montaña. A solas en el huerto de Getsemaní me consagró, santificó y ungió Mi Padre con aceite del Cielo. Así obtuve el poder para perseverar hasta morir en la cruz para que ustedes se salvaran. En el huerto, en aquellas horas cercanas a la medianoche, mientras hacía vigilia con Mi Padre, me llené de fe y resolución divinas. La fe para mantenerme firme, la resolución inquebrantable de no cejar, la convicción para mirar a Pilatos a los ojos sin pestañear y anunciarle que Mi Reino no era de este mundo.

Estando así en oración se me infundió la fe y la paciencia para recorrer el camino al Calvario. Fue orando en el huerto cuando el corazón se me llenó de amor hasta rebosar en medida suficiente para perdonar incluso a los que me traspasaron las manos y los pies y me coronaron de espinas. Fue en aquel lugar de oración donde se me dio la plena preparación de fe, fortaleza y poder y el pleno unguimiento para concluir la misión que tenía por delante.

Todo lo que hice, todos Mis logros, toda victoria, cada éxito, tuvo su origen en los ratos de quietud, estando por así decirlo en los aposentos secretos a solas con Mi Padre. ¿Por qué? Porque entonces no solo me daba la orden, sino el unguimiento y el poder para salir a luchar y ganar la batalla.

No trataba de librar las batallas por Mí mismo, y tampoco deben hacerlo ustedes. Sabía que por Mi cuenta no sería capaz. Sabía que en la carne era débil, puesto que así es la carne. Físicamente no tenía las condiciones para ello, de la misma manera que tampoco las tienen

ustedes. En la carne era imposible ganar la batalla del espíritu; por tanto, para vencer, necesitaba ante todo el pleno ungimiento y la potencia de fuego del espíritu.

¿Acaso no desafié el poder y fortaleza del brazo de carne de los hombres? Claro que sí. Primero que nada gané la batalla en espíritu, y eso hizo posible la victoria en la carne. Vencí tanto física como espiritualmente. En espíritu, salvándolos mediante Mi muerte, crucifixión y expiación. Y en la carne, derrotando a la propia muerte al resucitar.

La única forma de triunfar es clamar al Espíritu y la misericordia de Dios. Por eso es necesario pasar momentos a solas en oración y súplica antes de la batalla. Mientras estaba en la Tierra tenía que hacerlo. Ustedes también tendrán que hacerlo para salir vencedores. Dado que la verdadera batalla se libra en espíritu, es necesario que Yo les dé gran dedicación de espíritu para luchar y vencer. Esa es la razón por la que ustedes, al igual que hacía Yo, deben pasar esos ratos a solas conmigo antes de emprender toda empresa o misión.

Cada vez que tenía alguna tarea importante frente a Mí, me veía obligado a acudir a Mi Padre a fin de implorarle ayuda, misericordia y fortaleza para poder emprenderla. Era la única forma de llevarla a cabo y la única razón por la que la cumplía con éxito. Tenía que estar con Él a solas y ganar la batalla en espíritu antes de salir a manifestar Su poder ante todos los hombres.

Si fuera una batalla carnal, sería posible ganarla para los que son fuertes en la carne. Pero como no se libra en la carne sino en espíritu, es necesario que acudan a Mí. Así como Yo tenía que acudir a Mi Padre en busca de ayuda, misericordia, fortaleza y poder para cada misión importante que me confiaba, ustedes deben hacerlo también. ⁽²⁾

Recibí la Guía de Dios

¿Cómo podía saber cuál era la decisión acertada ante cada situación que se me presentaba, y decidir en consecuencia? Convertí en regla inquebrantable el prestar oído a Mi Padre. Cada acción Mía, cada decisión, era la indicada, la opción humilde y perfecta, porque era la que Mi padre quería que tomara.

Aunque tener constancia en consultármelo todo les parezca difícil y poco práctico, deben entender que no se trata de un proceso largo y complejo cada vez que lo hagan. El Espíritu transmite continuamente. No tienen más que aprender a accionar el interruptor y sintonizarse. Es vital para el éxito de su misión personal en la Tierra, como lo fue para la Mía.

Desde luego que aprender a escuchar claramente al Cielo suele tomar tiempo y práctica. No siempre se da con facilidad; para enfocarse bien y recibir las señales hace falta disciplina y concentración, y a veces supone una ardua lucha espiritual. Lo era para Mí; tenía que batallar con apremio para lograrlo. Además de que me tentara el Diablo, ¿qué creen que estuve haciendo aquellos cuarenta días y noches después de que me bautizara Juan? Me dediqué a buscar a Mi Padre con apremio y a aprender a conectarme con Su fortaleza y Espíritu. Estaba aprendiendo a escucharle.

Sabía que si no lograba hacer contacto con el Espíritu de Mi Padre y recibir guía e instrucción de Él jamás saldría adelante. Sabía bien que no me sería posible lograr Mi

propósito y hacer Su voluntad en cada circunstancia en que me encontrara, en cada situación que tuviera que afrontar, si no tenía un vínculo estrecho con Él.

Podrían suponer que la facultad de escuchar a Mi Padre era perfectamente natural para Mí, algo inherente a Mi naturaleza, parte de Mi ser, por ser el Hijo de Dios encarnado en la Tierra. Pero no era así. Al contrario, era algo que me exigía mucho esfuerzo y apremio. El Enemigo lo combatía por todos los medios; suponía una intensa lucha espiritual. No era nada fácil.

¿Les parece raro que Yo no siempre pudiera escuchar la voz de Mi Padre de manera automática y sin confusión alguna? Deben entender que Mi Padre tuvo que permitir que me sintiera un tanto desconectado de Él al principio, ya que era necesario que aprendiera a conectarme. Debía ser algo que me costara esfuerzo. Era necesario que asumiera la naturaleza humana y experimentara las debilidades propias de ella para comprender las dificultades que se les presentaban a ustedes y poder ayudarlos a superarlas.

Me relacionaba con Mi Padre de la misma forma que lo hacen ustedes conmigo hoy en día. Tenía que conectarme a Su poder. No podía hacerlo por Mí mismo; al igual que ustedes, no podía acceder a toda la sabiduría celestial por ósmosis. Me era necesario pedirla, tenía que absorberla, tenía que estar sometido para poder recibirla, al igual que ustedes hoy.

Al venir a la Tierra tuve que someterme a una especie de borrado de memoria. No habría podido pasar por todo lo que tuve que pasar, ni haber aprendido lo que necesitaba aprender para convertirme en vuestro Sumo Sacerdote, si hubiera sido omnisciente en ese entonces y no hubiera necesitado la ayuda de Mi Padre. Tampoco habría sabido lo que se siente cuando se tiene necesidad de soluciones, guía e instrucción. Era necesario que pasara por todo lo que tienen que pasar ustedes.

Desde luego, con el tiempo -una vez que supe qué pasos dar para proyectarme al plano espiritual y captar las señales- se me hizo más fácil escuchar al Cielo. Pero aun después de volverme diestro en la materia, había ocasiones en que la solución o instrucción no llegaba al instante, en que recibir algo exigía mucho esfuerzo y no todo estaba claro al momento de consultar.

El primer ejemplo que me viene a la memoria es la vez que los fariseos me trajeron a la mujer adúltera para preguntarme: “Maestro, ¿qué dices que debemos hacer con esta mujer?” Sabía que me estaban poniendo a prueba y su intención era acorralarme con esa pregunta, y no sabía qué responderles. No podía apoyarme en Mi propio entendimiento o experiencia. Tampoco había obtenido una respuesta inmediata de Mi Padre, a pesar de haberle preguntado. Esa fue la parte más difícil, y se convirtió en una difícil prueba para Mí. ¿Cedería al pánico? ¿Seguiría adelante sin más apoyándome en Mi propios razonamientos? ¿O guardaría silencio y me alejaría de allí? ¿Qué podía hacer? No lo sabía. Pensé: *Esperaré. Mantendré la calma afianzado en la fe a la espera de la respuesta de Mi Padre, y confiaré.*

Aquellos momentos me parecieron horas, y también a quienes me rodeaban: a Mis discípulos, que se preguntaban si tendría la respuesta para tan polémico interrogante, daba la impresión de ser una situación sin salida, y su fe en Mí se vio puesta a prueba; a los escribas y fariseos, que se impacientaban y me presionaban, ansiosos como estaban por atraparme delante del pueblo; a la multitud que me rodeaba y ansiaba escuchar el veredicto; y también a

la mujer cuya fe fue puesta a dura prueba, mientras esperaba la sentencia.

Era una situación de vida o muerte, llena de tensión. Me sentí tentado a ceder a la tremenda presión que sentía para dar respuesta. Pero esperé a la guía de Mi Padre. Aguardé en silencio y con paciencia la voz del Señor. Esperé con fe, sabiendo que Mi Padre no me fallaría en tanto que Yo no dejara de hacer lo que me había ordenado.

¡Entonces llegó la respuesta! Mi Padre me había hablado, me lo había dejado claro, ¡y qué alivió que sentí! Era la solución perfecta y lo que había que hacer. Me indicó que les dijera: “El que esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella”. Y dado que no había nadie allí exento de pecado, aquel día no se arrojó piedra alguna, y le perdoné los pecados a aquella mujer. (Ver Juan 8:3-11.)

Como verán, al igual que ustedes, no poseía gran sabiduría por Mí mismo, sino la que recibía de Mi Padre. Porque toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación (Santiago 1:17).

“Todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar” (Santiago 1:19). No procedan hasta que hayan recibido Mi guía, y entonces actúen con fe. Una vez que estén seguros de que en efecto es lo que quiero que hagan, no teman hacerlo. Pídanme ungimiento, y procedan con fe, confiando en que llevaré buen fruto en su vida y en la de quienes estén a su alrededor. ⁽³⁾

Energía Espiritual

Cuando anduve por la Tierra y vi la debilidad del hombre, cuando experimenté su sufrimiento, su dolor y sus enfermedades, me compadecí de él (Mateo 9:36). Me motivó a ayudarlo, alcanzarlo, tocarlo y sanarlo. Pero para poder cumplir Mi misión en la Tierra, aprendí que era necesario pasar tiempo con Mi Padre en oración y en fervor de espíritu para establecer conexión y recibir de Él, de modo que Yo pudiera dar a los necesitados.

Asimismo, cuando envié a Mis discípulos, Mis seguidores, por los caminos y los vallados - no solo para encontrar y salvar a los que estaban perdidos y predicar el Evangelio, sino para curar a los enfermos-, se dieron cuenta de que necesitaban participar del Espíritu del Padre para obtener el poder con que liberarlos de las plagas que los poseían. Hubo una ocasión en que trataron de expulsar demonios y vieron que su ungimiento y sus dones no eran suficientes. Les expliqué que ese género no salía sino con oración y ayuno (Mateo 17:14-21).

Vieron que no era suficiente predicar en Mi nombre, sino que además debían pasar tiempo en oración ferviente para lograr esa conexión y mantenerla fuerte. Mis dones se otorgan en diferentes grados según la necesidad y urgencia de la situación, y según la fuerza de la batalla espiritual, así como el fervor y fe de Mis discípulos.

La curación es energía espiritual. Por ejemplo, cuando aquella mujer, llena de fe, tocó el borde de Mi manto para que cesara el flujo de sangre, salió poder de Mí, el poder y la energía del Espíritu (Marcos 5:25-30). Por eso, tenía que pasar ratos en oración recibiendo poder de Mi Padre celestial antes de ministrar a la gente. Pasar esos ratos con Él era como recargarme del poder del Espíritu que necesitaría para atender a las multitudes.

Obtenía poder de la fuente de energía de Mi Padre, y la gente obtenía de Mí lo que Yo

había recibido del Padre. Mi cuerpo físico no poseía en sí poder para sanar; tampoco lo tenía Mi mente. Pero Mi Espíritu era la estación repetidora que me transmitía poder de lo alto, el cual se convertía en energía sanadora para los que la buscaban con fe y afán.

Por Mi naturaleza divina, el Padre me bendijo con todo lo que me podía dar, lo que ustedes llamarían dones del Espíritu. Poseía los dones de sabiduría, curación, milagros y profecía. Sin embargo, por Mí mismo -o sea, en Mi naturaleza humana- no tenía nada. Todo provenía del Padre y de Sus innumerables espíritus ministradores que estaban a Mi disposición. Por eso decía que no hay nada bueno sino sólo lo que proviene del Padre, y que las obras que Yo hacía no eran Mías, sino del Padre, así como que las Palabras que Yo hablaba no eran Mías, sino de Él (Marcos 10:18). Como estaba en carne humana, todo lo que fuera de naturaleza divina me tenía que venir del Padre, y para obtenerlo, debía pasar tiempo con Él.

Quisiera que ustedes procedieran de la misma forma que Yo cuando estaba en la Tierra.
(4)

Decisiones de Particular Importancia

Yo sabía que Dios tenía la situación en sus manos, que físicamente Yo estaba limitado y que las verdaderas obras y los verdaderos milagros los tenía que obrar Dios mediante el Espíritu. Era Dios Padre quien preparaba los milagros, los hacía y disponía qué debía ocurrir y cuándo.

Mi carne tenía tantas limitaciones como la tuya. No podía estar en más de un lugar a la vez. Por lo general solo atendía a unos pocos de cada vez, aparte de las ocasiones en que hablaba a las multitudes. Tenía tan poco tiempo como tú para ayudar personalmente a Mis discípulos o a los necesitados. El día no tenía más de veinticuatro horas, y parte de ellas las tenía que dedicar a dormir, comer o atender a otras necesidades físicas. Sabía lo que necesitaba Mi rebaño y estaba tan limitado como tú para atenderlos en la carne.

Los mayores logros los conseguí espiritualmente. Echando Mis ansiedades sobre el Padre y andando en amor y fe, el efecto que tuve sobre las personas a las que ministré se potenciaba al máximo. Si no hubiera echado Mis ansiedades sobre el Padre, no habría andado con fe y confianza; me habría consumido con las preocupaciones, cargas y afanes de la carne y no habría ministrado los dones del Espíritu a Mis discípulos y demás seguidores. Tenía que entregarme por entero a la voluntad de Mi Padre y captar Sus indicaciones con claridad a fin de lograr lo que Él se proponía con Mi vida. (5)

Siempre habrá demasiado que hacer. Siempre habrá algo que no alcanzaste a realizar y algo más que hubieras deseado hacer. Conozco muy bien esa sensación, porque a Mí muchas veces me pasaba lo mismo. De ahí la enorme importancia de tener claras las prioridades y saber con certeza que lo que estás haciendo es efectivamente lo más importante; que será eso lo que dé un fruto perdurable.

No siempre sabrás lo que es más importante o lo más urgente. Por eso, es esencial que me lo preguntes. En Mi tránsito por la Tierra Yo tampoco estaba siempre seguro; de modo que

se lo preguntaba a Mi Padre, y Él me ayudaba a determinar el orden prioridades. Por el ejemplo que les di con Mis actos, notarán que algunas cosas que decidí hacer no siempre eran las que por lógica se hubieran considerado más importantes o urgentes. Así fue con la curación de algún enfermo o la resurrección de alguien ya fallecido. Sabía que tenía que obrar influido por el Espíritu, que tenía que escuchar la voz de Mi Padre, dado que el tiempo apremiaba y era necesario sacarle el mayor provecho posible.

El asedio de las multitudes era constante. Yo lo sentía más que ustedes y, sin embargo, sacaba tiempo para ir de pesca con Mis discípulos, hablar con la samaritana y mezclarme con los niños, y mucho más. Bastantes decisiones que tomé eran contrarias al razonamiento humano natural; no obstante, obedecía la guía de Mi Padre. Algunas de las decisiones menores que tomé, que parecían ilógicas y contrarias a lo esperado, fueron las que a la postre repercutieron más en la vida de los demás y dejaron huella en la historia.

Imiten Mi ejemplo de escuchar al Padre a cada paso, y también acertarán y obrarán con gran eficacia. ⁽⁶⁾

Cuando anduve como hombre por la tierra y puse en práctica la doctrina que me había inculcado Mi Padre, pude edificar sobre un cimiento sólido y firme y me llené de la sabiduría de lo alto. Vivir de conformidad con la doctrina fue lo que me otorgó la sabiduría. Así era como obtenía fuerzas: las extraía de la Palabra que me fue dada de lo alto. De no haberla llevado a la práctica en su totalidad, quizá podría haber hecho algo de bien y ayudar a unos pocos de los que procuraban Mi ayuda, un poco por aquí y otro poco por allá; mas nunca habría podido concluir la misión que se me había encomendado. A medida que fui obedeciendo me di cuenta de que el único medio de obtener la plena fortaleza, la plena sabiduría y el pleno poder de Mi Padre era siendo consecuente con toda la doctrina.

El siervo no es mayor que su Señor. Como fue en Mi caso, también lo será en el vuestro. Si queréis recibir Mi poder en su plenitud, vivid según todas Mis Palabras. Si sólo aplicáis parte de la doctrina, sólo podréis contar con parte de Mi fortaleza y poder. La sabiduría, felicidad, alegría, paz y satisfacción se os otorgaran en la misma medida en que obedezcáis Mis Palabras.

Seguir de cerca al Padre en Mi campo de misión fue lo que me mantuvo en marcha y me dio la fortaleza y el poder para testificar; eso fue lo que me sacó adelante. La emoción de ver un alma salvarse hacía que todo valiera la pena. Todos los problemas, pesos y angustias, y el apremio de la multitud se desvanecían cada vez que veía el enorme poder de Mi Padre cuando recurría a Él y obraba milagros.

A Mí también me hablaron muchas voces, algunas mediante seres queridos bien intencionados. Sin embargo, aprendí que sólo obtendría fortaleza y poder siguiendo a Mi Padre celestial. Si hubiera hecho caso de las demás voces que pretendían desviarme, las cosas habrían sido muy distintas. Mis cimientos se habrían debilitado por un sinnúmero de otros factores que habrían intervenido. Viviendo la doctrina, siguiendo la verdad y poniéndola por obra con todas sus consecuencias fue como me fortalecí y pude mantenerme sin mancha en mi corazón. Gracias a ello mantuve una actitud firme en Mis pensamientos, en Mi corazón y en espíritu. ⁽⁷⁾

Apartaos de todo como hacía Yo. Buscad como podáis un rincón donde pasar ratos a solas conmigo. Cuando la situación se ponga difícil y no encontréis refugio, pedídmelo y Yo os lo daré. Recordad que Yo me levantaba temprano y subía a la montaña a orar. No tenía más remedio; de lo contrario me habrían faltado las fuerzas. Cuando lo hacía, ¡era una maravilla! En esos momentos me llenaba, me renovaba. Aspiraba el aire celestial, y éste me infundía fuerzas, ¡una tremenda fuerza magnética venida de lo alto!

No olvidéis tomaros esos ratitos, os lo ruego. Los necesitaréis todavía más que Yo, porque tal como os prometí, haréis obras aún mayores que las Mías. En estos Postreros Días hay aún más tinieblas que antes en el mundo, y necesitaréis fuerzas mayores que las que necesité Yo cuando anduve en carne. Os harán falta para contener la marea de iniquidad que ha cubierto la Tierra. ¡Más no os preocupéis! No tenéis nada que temer. Estoy a vuestro lado. Cuando os acostéis en nuestro lecho de amor os llenaré de Mis simientes doradas de poder. Todo saldrá bien. Esta misión saldrá conforme a Mi plan. ⁽⁸⁾

Entiendo que emplear el don de profecía supone un reto; cuando estaba en la Tierra, en algunas ocasiones lo fue también para Mí. Había muchas distracciones. Recibir mensajes de Mi Padre exigía mucha fe y flexibilidad de Mi parte. De ahí que a veces me apartara e internara en las montañas en busca de un remanso de quietud donde pudiera escucharlo. Me levantaba de madrugada, antes que todos los demás y me tomaba ese tiempo a solas con Él. Ustedes podrían intentar hacer eso también, si lo desean, y ver si les da resultado.

No dejen que el Enemigo los desanime con su don de profecía; tengan la certeza de que quiero hablarles. Sigán empapándose de Mi Palabra y llenándose el corazón, la mente y el espíritu de Mis promesas. Recuerden el versículo que dice: “Clama a Mí y Yo te responderé, y te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces” (Jeremías 33:3). Aquí les dejo otro más: “Me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón” (Jeremías 29:13). Recuerden Mis promesas: se escribieron para ustedes.

Así que cuando el Enemigo los asalte armado de sus muchas mentiras y pensamientos desalentadores para convencerlos de que no pueden escucharme o que se trata de sus propios pensamientos, repréndanlo con esos versículos y con Mis llaves. Oblíguenlo a retroceder. Confíen en que después de haber orado y haberme pedido que me tome el tiempo de hablarles, en efecto, les enseñaré cosas grandes y ocultas que no conocen. Prometo hacerlo. Yo nunca falto a Mis promesas (Números 23:19). ⁽⁹⁾

Durante Mi estadía en la Tierra, pasé muchas, muchas horas en oración, porque entendía muy bien lo vital que es rogar con fervor. Tenía claro lo increíblemente eficaz que es y la capacidad que tiene para influir decisivamente. Es un principio espiritual básico; no es un concepto nuevo. Sin embargo, son demasiado pocos los que se sirven de esa arma como deberían. Yo me levantaba temprano por la mañana para departir con Mi Padre en oración. Sabía que para que Mi misión -aquella misión tan enorme que exigía hacer tanto en muy poco tiempo- tuviera éxito, tenía que tomarme ese tiempo. Tenía que levantarme temprano y vencer primero al Diablo en oración.

Y ahora cuentan con el poder de las llaves, que aumenta muchísimo el efecto de sus oraciones. Amores Míos, deben tomar conciencia de la enorme eficacia de esa arma y emplearla mucho más de lo que lo han hecho hasta ahora. Si cada integrante de la Familia se valiera del arma de la oración más activamente y con más destreza, ¡serían una fuerza imparable!

Sigan Mis huellas, esposas Mías; hagan lo que hacía Yo. Cuando me vi ante la imposibilidad de resucitar a Lázaro, ¿qué hice? Alcé los ojos y el corazón a Mi Padre en oración y lo alabé por escucharme. Lo alabé por la respuesta aun antes de haberla visto. Dije: “Padre, gracias te doy por haberme oído. Yo sé que siempre me oyes” (Juan 11:41-42). Así como Mi Padre siempre me escuchó, siempre las escucho Yo a ustedes, esposas Mías. ⁽¹⁰⁾

¡Pruebas con el orgullo!

Otra prueba sería por la que tuve que pasar, y tiene mucho que ver con apoyarse en la sabiduría carnal, fue la del orgullo. La tentación de ceder a la vanagloria de la vida es la mayor prueba para los hombres, y ni Yo me libré de ella. Fue la soberbia lo que acarreó la caída de Lucifer, y él tenía la esperanza de que también trajera la Mía. Por eso me tentaba con el orgullo.

Aunque Yo era hijo de un humilde carpintero, y aunque en lo que respecta a riquezas materiales y formación mundana no tenía mucho motivo para enorgullecerme, cuando crecí y me fortalecí en espíritu el Enemigo me tentó en otros sentidos con el orgullo.

Una de las mayores tentaciones la tuve en aquella famosa fiesta en Jerusalén. Tenía apenas doce años cuando me puse a conversar en el templo con los sabios y eruditos, pero en cuanto abrí la boca se quedaron maravillados de Mi entendimiento. Aquella sabiduría provenía de Mi Padre celestial. Sin embargo, Satanás me hablaba al oído tentándome para que me atribuyera el mérito a Mí mismo.

Poco después, cuando regresaron Mi madre y Mi padre José a buscarme, si Yo hubiera caído en la tentación del orgullo, no habría tenido las fuerzas para obedecer y acceder a los deseos de Mis padres de regresar con ellos a la ciudad donde vivía. Como veis, el orgullo carnal me decía que me mantuviera firme, que me independizara, que dijera a Mis padres que era dueño de Mi vida e insistiera en quedarme en el templo, donde tendría oportunidad de aprender y hacer más alarde de sabiduría en presencia de aquellos eruditos y entendidos.

Hasta ese momento había sido la voluntad de Mi Padre celestial que me reuniera con los doctores, ya que en aquellos pocos días pude aprender mucho de ellos. También durante ese tiempo quiso Mi Padre demostrar en el templo que Su poder y Su sabiduría moraban en Mí. Pudo revelárselo a aquellos que tenían corazón receptivo mientras Yo les hablaba.

Sin embargo, en cuanto volvieron Mis padres terrenales, Mi Padre celestial había cumplido ya Su designio, y era hora de que Yo hiciera otra cosa. En aquel momento, cuando me vino la tentación del orgullo de querer desobedecer los deseos de Mis padres de regresar con ellos, dirigí una rápida oración mental al Padre. Una vez que pedí ayuda, llegó la solución, y en aquel momento oí claramente Su voz. Sus instrucciones fueron simples: “Has terminado

la misión que te encomendé aquí, y es hora de marcharte. Si obedeces a Tus padres terrenales y vas con ellos, te ayudaré a resistir el orgullo, pues los he puesto a cargo de Ti.”

Oír estas instrucciones de Mi Padre me dio las fuerzas que necesitaba para resistir la tentación de Satanás de ceder al orgullo. Esas palabras de Mi Padre me dieron el valor para acceder con humildad a los deseos de Mis padres terrenos y volver con ellos a Nazaret, donde seguí obedeciéndoles hasta que Él consideró oportuno que emprendiera un ministerio propio.

Superé la prueba del orgullo en Mis años mozos, y también otras parecidas. Pero cuando Mi ministerio público estuvo en pleno apogeo se puso a prueba en mucha mayor medida la tendencia carnal al orgullo.

El Plan de la Humildad

Si os fijáis, os daréis cuenta de que es lógico que tuviera tentaciones de orgullo. Al fin y al cabo, Mis tiempos de gloria en la Tierra, aunque Mis enemigos querían matarme, también fueron semanas y meses en que me aclamaban las muchedumbres. En Mis tiempos de popularidad el Diablo me tentaba con la vanagloria de la vida.

Me tentó numerosas veces para que me atribuyera el mérito a Mí mismo, para que me felicitara a Mí mismo y me autoglorificara por las grandes cosas que hacía conmigo Mi Padre. De haber cedido al orgullo, fácilmente podría haberme atribuido la gloria por aquellos milagros. La única forma de resistir esa tentación era acudir a cada momento a Mi Padre del Cielo implorando Su ayuda. Cada vez que lo hacía me volvía a dar un plan. En este caso era el plan de la humildad. Me decía que cuando me vinieran tentaciones de orgullo la forma de combatirlas era atribuirle abiertamente todo el mérito y la gloria a Él, aun cuando Mi carne no se sintiera inclinada a ello.

Por eso recordaba con frecuencia a Mis discípulos y a los que me rodeaban que por Mí mismo, por Mi propia carne, no podía hacer nada de grandioso, y que no sabía otra cosa sino lo que me revelaba el Padre. Era la pura verdad, y al expresarla, al recordar a otros esa verdad, no solo le reconocía el mérito a Aquel a quien verdaderamente le correspondía, sino que además me ayudaba a conducirme con humildad. En todo momento tenía que atribuirles el mérito y la gloria a Mi Padre. Así era como resistía la tentación del orgullo.

La siguiente fase del plan que me dio Mi Padre para ser humilde fue la siguiente: después de reconocerle el mérito a Él, podía tener un gesto humilde. Me aconsejó que no dejara pasar una situación grave sin hacer algo, y que jamás dejara pasar una oportunidad de hacer un acto de humildad. Me dijo: «Pregúntame siempre. Pregúntame qué quiero que hagas en cada caso, y te lo diré claramente. Te indicaré qué debes hacer en el momento, en toda situación. Te diré cómo puedes manifestar Mi amor siendo humilde. La humildad, Hijo, es la clave para combatir la vanagloria de la vida que aqueja a la carne.»

Así pues, seguí ese plan paso a paso y Mi Padre me fue indicando cómo podía poner la humildad por obra por medio de gestos concretos. Como sabéis, me llevó a asumir el papel de siervo. Muchas veces me indicó que dejara de lado Mis preferencias personales para tender una mano a los que me rodeaban, ya fuera que me tuviera que apartar de Mi camino para

sanar a un enfermo, o que tuviera que animar a un alma cansada con una sonrisa sincera, una palabra amable, un caluroso abrazo o una palmada tranquilizadora en la espalda.

Me indicaba de muchas maneras cómo podía conducirme con humildad. Me decía que siempre prestara oídos a los que tenían que desahogarse hablando de sus problemas, y nunca estaba tan atareado que no pudiera detenerme y saludar a los niños. Él me guiaba a manifestar aprecio con amor a quienes me rodeaban, con gestos de amabilidad y amor. Me inspiraba a poner las necesidades ajenas por encima de las Mías, encargándome de que todos los que me acompañaran tuvieran donde pasar la noche, suficiente comida, abrigo cuando hiciera frío y alguien con quien contar.

Había innumerables maneras en que me indicaba el Padre que podía manifestar humildad; la mayoría de ellas ya os las he contado en diversas ocasiones. Y haciendo caso de Sus instrucciones todas las veces pude resistir la tentación del orgullo.

Ya veis que también tuve que batallar y resistir los pecados de la carne: no solo tuve que aprender a resistir la inclinación a apoyarme en el brazo de carne, ¡sino que también tuve que aprender a resistir el peligroso orgullo! Y al resistirlo, al acudir al Padre en busca de fuerzas y de ayuda para seguir transitando por la senda de la humildad, pudo manifestar Su fuerza y Su poder a través de Mí. Así fue como logré hacer grandes milagros: andando en humildad y no apoyándome en el brazo de carne, sino en el poder del Cielo para que hiciera por medio de Mí lo que Yo no habría podido hacer en Mi propia carne. ⁽¹¹⁾

En todo momento tenía que ser consciente del ejemplo que daba. Huelga decir que para dar el ejemplo que quería Mi Padre que diera no podía apartarme de Él. Como estaba en carne física, en cualquier momento podría haber cometido graves errores de no haber sido por la oración y por la estrecha conexión que mantenía con el Cielo. Tenía que esforzarme por mantenerla, ya que, al fin y al cabo, como estaba en carne hubo muchos momentos en que no me sentía inclinado a obrar con humildad así como así. La carne es humana, y hubo bastantes ocasiones en que Mi naturaleza humana no tenía ánimos para optar por la vía humilde.

En cada prueba tenía que someterme. Tenía que lanzarme a obedecer. Físicamente tenía que mostrarme débil, más en esa debilidad radicaba Mi fortaleza. En efecto, amores Míos, la misma fortaleza que nace de la debilidad era lo que me hacía fuerte. La fuerza de la debilidad era lo que me sacaba adelante. La fuerza de la debilidad de la carne hizo de Mí lo que era y me permitía captar el poder del Cielo.

¡Fui Yo quien inició la revolución de la debilidad! Tened la seguridad de que sé muy bien de qué se trata. Conozco su magnificencia, su sabiduría y la extrema necesidad que hay de ella. Por eso exijo lo mismo a Mis hijos hoy en día; ¡sólo así podréis hacer obras mayores que Yo! A Mi Familia le es dado hacer esas «obras mayores», cosas mayores de las que hice Yo cuando anduve en la carne. Eso sí, os advierto que sólo se dará ese poder a quienes me sigan de cerca, a los que estén dispuestos a manifestar su debilidad para que se luzca Mi gloria.

Este es el secreto para seguirme de cerca: debéis andar en humildad y mostraros débiles. Eso fue lo que tuve que hacer Yo, y gracias a eso triunfé. Innumerables veces se me puso a prueba, y del mismo modo que cada día se os pone a prueba a vosotros con las diversas

opciones que se os presentan, en circunstancias y condiciones muy variadas a lo largo del día, que os ponen ante la decisión de optar por la vía humilde o pasarla por alto.

Yo tuve que adquirir la costumbre, lo mismo que vosotros. Tuve una actitud de mucha oración y busqué cada día a Mi Padre, y de esa forma me ayudó Él siempre y logré superar todas las pruebas. Cada vez que recurría a Él me enseñaba, me orientaba y me indicaba muchas maneras de tener gestos humildes. Así cultivé buenos hábitos. ¡Fui Yo quien creó la costumbre de obrar con humildad! Pues sí, me tocó aprender muchas de las mismas lecciones que tenéis que aprender hoy en día. ¡En esto también abrí camino!

Os voy a contar cómo adquirí la costumbre de obrar con humildad. Tenía que ser consciente. Tenía que ser receptivo al Cielo, a la voz de Mi Padre y lo que me aconsejaba. Tenía que consultar con Él, pedirle que me indicara formas concretas de ser humilde. Sabía que por naturaleza -es decir, por mi naturaleza carnal- no podía hacer lo que me exigía. Sabía que necesitaba fuerzas del Cielo, y que Él me indicaría lo que debía hacer, cómo tenía que comportarme, qué había de decir. Tenía que andar muy en oración.

A la carne no siempre le resulta fácil ser humilde. Por eso tuve que aprender a serlo; tuve que cultivar el hábito. Aprendí que si me mantenía en estrecha comunicación con el Cielo se me indicaría en cada caso cuál era la opción humilde. Y haciéndolo, adquirí la costumbre hasta que se volvió algo espontáneo.

Yo tenía que ser la Palabra viviente ante los demás; tenía que ser humilde y reflejar el espíritu del amor, andar en humildad y sencillez. No podía limitarme a pregonar la humildad y el amor; tenía que predicar con el ejemplo.

Cuando estaba en la Tierra, descubrí que para andar verdaderamente en humildad y mostrarme débil tenía que estar siempre en guardia para no ser presa del orgullo. Como sabéis, fui tentado en todo como vosotros. Eso mismo, en todo sin excepción. También en cuanto a humildad. Mi naturaleza humana fue puesta a prueba una y otra vez, ya que a Satanás le habría agradado verme caer en el orgullo, que fue precisamente lo que acarreó su caída.

Meditadlo por un momento. Me habría resultado muy fácil enaltecerme, llenarme de orgullo. A fin de cuentas, era el Hijo unigénito de Dios. A pesar de ser débil en la carne, mediante el Espíritu era fuerte. Y aunque fui menospreciado, y a la larga, desechado entre los hombres, una vez que se propagó Mi fama y comenzaron las muchedumbres a arremolinarse a Mi alrededor por dondequiera que iba, que el Padre obró grandes prodigios y señales por Mi mano y que fui creciendo y aprendiendo a utilizar los dones del Espíritu, podría haberseme subido fácilmente a la cabeza; podría haber creído que Mi capacidad carnal me permitía hacer esas cosas.

De muchas maneras y en muchas ocasiones se puso a prueba Mi humildad. Se trataba de ver si me atribuiría el mérito a Mí mismo o si pondría los ojos en el Padre y le reconocería a Él toda la gloria. Fui probado muchas veces para ver si obraría con humildad o si me aprovecharía de Mis dones en beneficio propio.

Cuando comparecí ante magistrados y se me preguntó por qué no hacía llamar a las fuerzas del Cielo para vindicar Mi causa, dado que era Rey, aquello fue una prueba de humildad para Mí. En la carne, me sentía inclinado a llamar a las legiones del Cielo y hacer ver

Mi fuerza y poder allí mismo. Mas Mi Padre conocía un método mejor, el de la humildad. No fue un momento muy glorioso para Mi carne cuando tuve que responder que Mi Reino no era de este mundo y que, si lo fuera, Mis ejércitos lucharían. Pero tomando la vía de la humildad, dejando obrar a Mi Padre de la forma que Él sabía mejor, ¡se obtuvo la victoria y toda la gloria fue para el Cielo!

De no haberme mantenido en estrecha comunicación con el Padre, habría sido cómodo dejar que las bendiciones del Espíritu con que contaba me infundieran orgullo. Tuve que aprender a resistir la tendencia natural de la carne en que andaba a pensar que era muy extraordinario.

Cuando se difundió Mi fama y comenzaron a llegar las multitudes de los cuatro vientos, aquel día en que se juntaron 5.000 y les di de comer con los panes y los peces, el elogio del gentío podría haberseme subido con facilidad a la cabeza de no haber resistido la tentación. Tener que obrar un milagro tras otro siempre fue una prueba de humildad. Había que ver si me enorgullecería o si atribuiría al Padre la gloria y la honra que le correspondía, prefiriendo andar en humildad.

Para Mí, una de las claves fue reconocer siempre el mérito a Mi Padre. De esa forma me mostraba modesto. Cuando los eruditos del mundo me interrogaron, les respondí que no hacía nada por Mí mismo, sino lo que me había enseñado el Padre. Y en efecto, así era. Descubrí que siempre tenía que señalarlo a Él y atribuirle todo el honor y la gloria, como cuando repuse: “Si Yo me glorifico a Mí mismo, Mi gloria nada es; Mi Padre es el que me glorifica”.

Como veis, tenía oportunidad de escoger. En mi calidad de hombre, se me probó en todo como a vosotros. En cada prueba me veía obligado a decidir. ⁽¹²⁾

Grados de Humildad

Yo encarno la humildad. Cuanto más tomen el camino de la humildad en la forma en que se conducen a diario, más tendrán de Mí. Yo soy la satisfacción. Yo soy el contentamiento. Lo soy todo. Y todo eso será suyo si siguen Mis pasos y transitan por el camino de la humildad.

Aquí tienen un sencillo ejercicio que les será de ayuda y salvaguarda: Al comienzo de cada jornada, pregúntenme si hay algo en particular que desee que hagan ese día que los ayudará a ser más humildes. Consúltenme cada mañana. Pregúntenme: “¿Hay algo que quieras decirme sobre andar en humildad hoy, Jesús?”

Luego, al final del día, al retirarse a sus cuartos, vuelvan a consultarme. Tómense un momento de silencio para consultarme específicamente sobre su humildad y preguntarme si hay algo que quiera señalarles sobre su camino hacia la humildad. Pregúntenme si se quedaron cortos durante el día o si hay algo que deberían hacer de otra forma, o algo que quiero que hagan al día siguiente, y cosas así.

Esos dos momentos del día para consultar conmigo por su grado de humildad no tienen por qué ser unas sesiones prolongadas de escucharme en profecía. ¡Pueden ser breves! Pregúntenme mientras están en la cama o mientras se visten, o háganlo al final de sus ratos de

alabanza o de vigilia de oración; en todo caso, no dejen de hacerlo. Deténganse, serenen su espíritu y háganme la pregunta concreta, estén donde estén, sea lo que sea que estén haciendo. Pregúntenme lo que quiero que hagan ese día y cómo les fue ese día.

Es un ejercicio sencillo, pero vale la pena convertirlo en un hábito. ¡Igual que cepillarse los dientes! Es más, si quieren, pueden hacerme esas preguntas mientras se cepillan los dientes. Conforme hagan ese ejercicio con asiduidad, les iré indicando más sobre el asunto. Afinaré los detalles de su andar en humildad y los acercaré mucho más a Mí. Estaré más profundamente arraigado en ustedes, como nunca lo estuve. Nuestra relación será mucho más estrecha, más íntima. Estaremos más unidos. Caminarán en sintonía conmigo a cada momento de cada día. No caerán ni tropezarán, porque los sostendré.

Les contaré un secretito: Así fue como pude andar en humildad cuando estaba en la Tierra. Ese sencillo hábito que les dije de consultar con Mi Padre dos veces al día por Mi grado de humildad -en la mañana y antes de retirarme por la noche- fue lo que me ayudó a lograr el objetivo. Yo tenía el don de la humildad, y ustedes también pueden tenerlo, pero la carne se resiste a andar en humildad. Mi carne no era ninguna excepción; también se resistía al don de la humildad con que contaba.

Al desempeñar Mi ministerio público descubrí que tenía que acudir con afán a Mi Padre para saber cómo superar esa resistencia de Mi carne a Mi Espíritu, porque las tentaciones eran fuertes. Después de las bodas de Caná, cuando obré Mi primer milagro público destacado (Juan 2:1-11), pedí a Mi Padre que me orientara con relación a la humildad, y me dio ese pequeño plan, esa sencilla rutina, ese buen hábito que cultivar. Me llevó algún tiempo dominarlo, pero con persistencia y con la asistencia de Mis ayudantes celestiales, en poco tiempo estaba arraigado y me sostuvo por el resto de Mi vida terrenal. ⁽¹³⁾

1. ¡Detalles íntimos de Mi vida! #3268:7-25
2. La vida de Jesús en la Tierra, 1ª parte #3546:19-34
3. La vida de Jesús en la Tierra, 1ª parte #3546:35-37, 40-51
4. La vida de Jesús en la Tierra, 2ª parte #3548:48-54
5. ¡Creado de nuevo! #3346:10-12
6. La vida de Jesús en la Tierra, 3ª parte #3561:5-8
7. ¡Sean misioneros! #3135:32-35
8. ¡Cartas de la Cumbre 96! 6ª parte #3092:44, 45
9. La vida de Jesús en la Tierra, 4ª parte #3604:44-46
10. Jesus' Life on Earth, Part 4 #3604:29-31
11. ¡Detalles íntimos de Mi vida! #3268:26-41
12. ¡Condúcete con humildad! #3251:75-90
13. La vida de Jesús en la Tierra, 4ª parte #3604:32-38